

Tras el 20-N

LA SUBVERSIÓN TRANQUILA

EL CERCO

Escribo estas páginas a tres meses de las elecciones generales del 20-N; en pleno conflicto entre España y el Eurogrupo, debido a la reducción del déficit; en vísperas de una huelga general planteada por UGT y CC.OO. contra la reforma laboral; mientras sigue ascendiendo el paro hacia los seis millones; en plena recesión económica y con drásticas amputaciones de los gastos públicos... Una situación cuyo dramatismo se agudiza, si cabe, en la medida en que el partido de la oposición, castigado por el fin de ciclo que venía protagonizando, trata de convertir en dogal la ayuda que debería prestar al Gobierno de la Nación. Y, por si los problemas no fueran inmensos, los resultados de las elecciones indican que estamos ante el final del bipartidismo como sistema mientras, desde Cataluña, Jordi Pujol plantea el asalto al Estado, esto es, la conquista de un “Estado propio”.

Si no irrelevantes, en estas circunstancias las elecciones andaluzas del 24 de marzo no han venido a alterar la relación de fuerzas políticas en el Parlamento de la Nación. Sus resultados han venido, eso sí, a favorecer las

César Alonso de los Ríos es periodista. Colabora en ABC y en la Cadena COPE.

condiciones subjetivas de las direcciones de los partidos en la oposición y a convertir en más perversas las acciones de aquella. Está en juego el sistema mismo que emergió en la Transición; ha quedado al descubierto la inexistencia de un modelo económico productivo y competitivo... y peligra la aspiración secular de España a la integración definitiva en Europa. Quizá, por la magnitud y la radicalidad de los problemas, el mejor aliado que puede tener España en una crisis tan aguda sea la propia Unión Europea. En este sentido, quizá la mejor respuesta que pueda dar el Gobierno de Rajoy al frente formado por el PSOE, los nacionalismos (a su manera) y los sindicatos sea la utilización, a tope, de la mayoría absoluta en la búsqueda de un nuevo sistema representativo y la entrega sin reservas a la política de la Eurozona. Frente a la “subversión” disimulada, se impone la utilización de los medios parlamentarios, de forma descarada y brutal, en la construcción de una política nacional y democrática. Sin complejos.

LA DERROTA DEL PSOE

“Desplome”, “batacazo”, “debacle”, “brutal caída”, “estrepitosa derrota”..., estos fueron los términos con los que calificaron los periodistas los resultados del PSOE en las elecciones del 20 de noviembre: el partido que había llegado a tener con González dos mayorías absolutas seguidas bajaba con Rubalcaba de 169 escaños a 110. Una pérdida de cuatro millones de votos. Por el contrario, el PP había subido de 154 escaños a 186, una holgadísima mayoría cuyo mero enunciado se convertía en eslogan: “todo el poder para Rajoy”.

¿Cómo un hecho de tal magnitud no iba a tener grandes consecuencias? Porque, aun cuando la causa principal de la derrota del PSOE hubiera sido la Gran Recesión, como llama Stiglitz a la crisis económica, hubo otros factores que la agravaron. Y no me refiero tan solo a las imprevisiones respecto a esta, sino al contexto que supuso la gobernanza de Zapatero. Es verdad que a Berlusconi ni siquiera se le permitió tal salida. Ahora bien, si el sistema electoral constituye, como dice Dieter Nohlen en *Sistemas electorales y partidos políticos*, “el elemento institucional decisivo para la estructuración de las preferencias del electorado”, hemos de convenir que un cambio del voto, tan llamativo como el que se produjo el 20 de noviembre de 2011 en contra del

PSOE y a favor del PP, está reclamando un cambio de la ley electoral misma y del tipo de Estado que tenemos. Porque ambos hechos son determinantes desde el punto de vista de la representación, están asimismo en el origen de una frustración popular y son contradictorios con la expresión de la voluntad expresada en votos.

Me apresuro a decir, en el comienzo mismo de este trabajo, que la victoria del PP indica, sobre todo, la aspiración del electorado a una modificación del sistema representativo: una aspiración largamente sentida y manifestada. ¿Qué decir de aquellas formaciones políticas, tan favorecidas por los últimos resultados electorales como perjudicadas por los mecanismos electorales? Ahí están las subidas, verdaderamente llamativas, que han experimentado Izquierda Unida y UPyD: el pluralismo ideológico de la sociedad española sería más rico en el caso de una justa representatividad. En efecto, el partido de Cayo Lara (Izquierda Unida) ha subido 700.000 votos y ha llegado a un total de 1,7 millones, es decir, ha pasado de representar un 3,8% del total a un 6,9%. Por su parte, el partido de Rosa Díez (UPyD) ha ganado 800.000 votos y, así, ha alcanzado 1.139.000 votantes. Pues bien, estos dos partidos tienen como principal aspiración el cambio de la ley electoral.

Se me dirá que estos dos buenos resultados electorales suponen también una cierta corrección del voto conservador. Tan cierto como que ambos tienen un fuerte sentido “nacional”. Son hechos no contradictorios. Lo importante es que el cambio de la actual ley electoral a otra, sin correcciones favorecedoras del bipartidismo, sería más representativa de la realidad y, desde luego, más coherente con las aspiraciones nacionales, al menos del conjunto partidario formado por PP, IU y UPyD. Estaríamos ante un sistema más nacional y menos “mórbido” que diría Ortega y Gasset. Si fuera así, ¿qué entidad tendría en estos momentos el bloque “ideal” del PSOE y los nacionalistas?

Así pues, la intención de los votos emitidos el 20-N tiene un color gualdo, por lo que se refiere a los emitidos a favor del PP, y rojo, por los emitidos a favor de IU y UPyD: rojo y gualdo en su totalidad, como la bandera. De tal modo que si el PP pudiera defraudar en el caso de que no fuera a resolver el problema económico y social creado por la crisis económica, también defraudaría en el caso de que no decidiera modificar el sis-

tema actual de representación y no diera la batalla por una “España inteligible”, es decir, por un Estado viable. Por supuesto, sí creo que la sociedad española ha lanzado a través de estas elecciones un mandato muy claro en relación con la crisis económica. Por el empleo. Por un modelo económico distinto. Por lo más urgente. Y la gente ha sido consciente de que el adelanto electoral ha tenido que ver con esa urgencia.

En definitiva, estas elecciones han supuesto un castigo al PSOE por todo un cúmulo de razones. En este sentido, me parece interesante la afirmación del editorialista de *El País* al afirmar, al día siguiente de las elecciones, que el castigo al PSOE no debe desvincularse de las torpezas y de las ligerezas del propio modo de gobernar de Zapatero.

Por todo esto, en el futuro, el 20 de noviembre no será tan solo la fecha de la muerte de Franco, sino el día de la mayor humillación política que tuvo el PSOE desde la Guerra Civil. Por hacer un resumen histórico, este día perdió las elecciones el único partido que había conseguido superar la primera fase de la democracia y gobernar España durante veintiuno de los treinta y tres años “constitucionales”.

UCD se quemó en la tarea de institucionalizar el último franquismo y legitimar democráticamente a la monarquía, y el PCE estuvo en un tris de quedar en fuerza extraparlamentaria a pesar de haber sido el partido de la “resistencia” al franquismo y de haber hecho posible la Transición. De este modo, el partido de Felipe González pudo ejercer su papel hegemónico durante cuatro legislaturas, dos de ellas con mayoría absoluta. Ha sido el definidor del Estado de las Autonomías con los partidos nacionalistas. Porque, en los primeros años del sistema, pudieron consolidarse CiU y el PNV, que habían sido en realidad un producto de la Transición. Ni el partido de Jordi Pujol ni siquiera el PNV habían tenido un papel relevante en las luchas por la democracia. Por esa razón, ETA salió de una costilla del PNV. Productos de la mala conciencia de los tardofranquistas y del PSOE, los nacionalismos iban a convertirse en los compañeros de viaje de los socialistas. Pero todo esto puede terminar. La tesis que mantengo en este apresurado análisis es que, además del cambio de ciclo (especialmente si el PSOE pierde las elecciones andaluzas), podemos entrar en un cambio

del sistema partidario; de un sistema con más de treinta años de edad. Naturalmente, Alfredo Pérez Rubalcaba va a tratar de compensar su debilidad social con los sindicatos de clase y su debilidad parlamentaria con los partidos nacionalistas. Incluido Amaiur y el proyecto de Euskal Herria.

RUBALCABA Y SUS SECRETOS

En las carreras políticas de Rodríguez Zapatero y Pérez Rubalcaba aparece un dato muy inquietante para el partido socialista que, sin embargo, pasa inadvertido. Me refiero al bajísimo tono que se mantiene en las “primarias”, y no solo por la baja calidad y el nulo interés de los debates, sino por la cutrez de los candidatos. En los dos casos se reveló la pobreza del PSOE, tanto por la inexistencia de personalidades como por la ausencia de tensión política. ¿Dónde quedó aquel PSOE de los Boyer, Guerra, ambos Solana, Leguina, Maravall y Maragall, etc.? El socialismo de estos últimos doce o catorce años es el recuelo de algo que tuvo interés y desapareció. Todo indica una militancia patética en todos los órdenes. Pero, aun cuando Rubalcaba fuera el rey en tal contexto, ¿por qué tuvo tanto interés “personal” en ser elegido después de haber llevado a su partido a la terrible derrota que he descrito anteriormente?

Tenía que guardar los secretos. Quiero decir aquellos hechos que, de ser conocidos, pueden volverse contra él. También en relación con otros. Por esa razón ha contado con el apoyo de González y el antiguo equipo de este. Su fuerza está en la “información” y esa fue la razón por la que le eligió ZP. Fue al único miembro del equipo de González al que este quiso integrar; una excepción.

Las claves están en una historia que comienza en Educación, donde construirá su pacto con los nacionalistas. Su nombramiento como ministro se lo debió a Narcís Serra, porque ya como secretario de Estado era el referente válido para los nacionalistas vascos y catalanes. Tengamos en cuenta que la Educación ha sido siempre el área más sensible para los socialistas: desde Fernando de los Ríos a José María Maravall y Luis Solana. Y lo que, por otro lado, ha importado más a los nacionalistas después de la lengua. Gracias al PSOE fueron sacrificados los libros de texto en los que se enseñaba la His-

toria de España, los reyes godos, por supuesto, y todos los reyes del Reino de España. Y la Geografía, la piel de toro, los ríos que cosen unas regiones con otras hasta hacer de ella una única entidad: la nación española. Rubalcaba dejó de editar los libros en los que España era lo que se llamó “una obvedad geográfica”, como decía Bosch-Gimpera.

Es en esta línea de entreguismo a los nacionalistas donde se va a hacer imprescindible en tiempos de González y, ya con Zapatero, en el Ministerio de Interior. Él es el paraguas de las negociaciones de Eguiguren y Otegi, el presidente del PSE/PSOE y el “hombre de la paz” según Zapatero. El caso Faisán no fue sino un “incidente” en esa política de entendimiento en relación con el problema etarra en su última fase.

¿Cómo los contactos con etarras podían ser para Rubalcaba una cuestión de traición a la patria si para él la patria entera es objeto de cesiones e intercambios? Esa ha sido la línea más delicada, la que defendieron siempre Narcís Serra y Pascual Maragall, la que sigue representando Patxi López, pero, sobre todo, Eguiguren. En este sentido, Rubalcaba ha sido el mejor intérprete de la apuesta confederal del PSOE. A su lado Chacón era una principiante que podía dar la impresión de catalanista cuando él, Alfredo Pérez Rubalcaba, es la garantía del modelo de una España cuarteada y desintegrada.

Tiene Rubalcaba una ventaja sobre Zapatero. No nos castigará como este con la obsesión de la “memoria histórica” en función de su familia, ya que el padre de Alfredo Pérez Rubalcaba fue franquista y buena persona: radiotelegrafista de Iberia, reconvertido a auxiliar de cabina cuando desapareció aquella especialidad. Santanderino de origen y estudiante de “el Pilar”, Alfredo comenzó a contactar con grupos de izquierda en la Universidad. Abandonó sus aspiraciones académicas como físico, aunque no por inconstante. Demostró su voluntad como corredor, premiado, de los doscientos metros.

¿QUÉ HACER?

¿Qué tipo de oposición van a hacer ustedes? Le preguntó un periodista a Ramón Jáuregui a los tres días de las elecciones. ¿Serán sensibles a los pro-

blemas de España en la Unión Europea? ¿Serán solidarios en las batallas no estrictamente partidarias? Jáuregui respondió que, en efecto, su partido tendrá un gran sentido de la responsabilidad como lo ha tenido en circunstancias similares en otros tiempos. Puso tres ejemplos: en primer lugar, los Pactos de la Moncloa; en segundo lugar, la intentona de golpe de Estado de Tejero; y, en tercer lugar, la oferta del pacto antiterrorista a José María Aznar. “En casos como estos, en los que se juega el bien común, queda perfectamente claro cuál es el ADN del PSOE”.

El entrevistador no hizo comentario alguno, pero sí contestó a tales declaraciones el mismo día un tertuliano en un programa de televisión. Respondió que en el caso de los Pactos de la Moncloa, tanto el PSOE como UGT participaron a rastras (González era consciente de que la política de pactos sería de una gran rentabilidad política para UCD); respecto al comportamiento del PSOE en relación con la intentona del 23-F, ¿qué español no ha llegado a enterarse de los juegos de Felipe González con el general Armada? Por lo que respecta a los pactos antiterroristas entre el PSOE y el PP, aquel nunca dejó de denunciar unas supuestas negociaciones, en Suiza, entre el PP y ETA. Si el espíritu de estos casos es el que va a inspirar a Rubalcaba en su apoyo al PP en relación con nuestra consolidación en la Unión, podemos estar apañados.

No hubo que esperar demasiado para comprobar el tipo de oposición de Pérez Rubalcaba. Hasta la fecha ha ido, como dije al comienzo, a una confrontación con el Gobierno. Sin tregua. Necesita quemar pronto al PP y a Mariano Rajoy. Le interesa que quede claro, incluso, su espíritu vengativo. En una palabra, tiene que demostrar que la derrota electoral del PSOE el 20 de noviembre se debió a la crisis económica; en definitiva, que el bajón electoral fue la consecuencia de un hecho fortuito y extraordinario. Como en otros países y con partidos muy distintos. En una palabra, la crisis alcanzará también al PP. Y pronto.

En la primera y gran batalla de Rubalcaba frente al Gobierno de Rajoy –la Reforma Laboral– no ha hecho una sola concesión. Para los socialistas es la consagración del despido libre y barato, gratuito en ocasiones; está hecha a medida de los empresarios, en contra de los trabajadores y no va

a ser circunstancial, sino el desmantelamiento definitivo del Estado de bienestar. Según esta idea, el pensamiento del presidente de Mercadona expresaría muy gráficamente el modelo del PP: una economía de chinos.

En esta confrontación se han roto los miramientos que ha habido tradicionalmente en situaciones semejantes. Ahora se está llegando al descaro. Al ser acusado Rubalcaba de prestar su apoyo incondicional a los sindicatos, respondió que efectivamente la coincidencia del PSOE con estos es tan natural como lo es la que tiene el PP con la Conferencia Episcopal: “cada oveja con su pareja”, concluyó. Nunca una huelga general ha llegado a tener manifestaciones a modo de preparación. La salida a la calle en Madrid, Barcelona y otras capitales como ensayos de la “general” no se ha dado nunca. La dirección del PSOE es consciente de que la lucha entre el Gobierno y los sindicatos va a ser a muerte y la va a utilizar así mismo en todos los órdenes. No es ya Esperanza Aguirre la que va a hacer de Margaret Thatcher, como se venía diciendo desde hace años, ahora va a ser María Dolores de Cospedal. En definitiva, el PSOE y los sindicatos van a tratar de sacar de sus casillas al presidente de Gobierno y de asumir un papel que no es el que se les supone.

Los sindicatos, por su parte, coinciden en que la huelga general es una prueba definitiva para ellos. Toxo, líder de CC.OO., reconoce con frecuencia que una gran parte de la sociedad española está en guerra con los sindicatos y no acepta la legitimación de su papel. Por supuesto, no se les considera representativos. Toxo es consciente de que la “persecución” a los liberados no es siquiera una muestra del neoliberalismo de Esperanza Aguirre, sino la expresión de una gran parte de “la derecha” española, y sabe que esa actitud puede ser un peligro para los sindicatos y que está muy extendida la opinión que no soporta cualquier tipo de vinculación entre las Administraciones y los sindicatos. Por todo esto, UGT y CC.OO. se han comprometido en las elecciones andaluzas, aunque sin recomendaciones de voto a partidos concretos. Es la lucha final de los sindicatos: “vamos a organizar el Cristo” han llegado a decir.

Pero lo ha sido ya para Izquierda Unida, que ha conseguido recuperar con algún éxito los restos de la vieja militancia del PCE. Ha pasado a ser el tercer partido en número de electores, lo que no tiene dificultades para confundir su radicalización con su éxito electoral. Cayo Lara tiene una ven-

taja facial: da la impresión de sentir vergüenza al mantener posiciones extremistas, de tal modo que puede llegar al disparate con gran tranquilidad.

Por supuesto, desde sus trincheras regionales, UPG, ERC, BNG y Amaiur van a la huelga con su espíritu antisistema. Ninguno de ellos estaría dispuesto a ser más institucional que los “indignados” y todos, como viejos seguidores de las gramáticas marxistas, están convencidos de que nunca, como ahora, se han dado tales condiciones objetivas para una subversión controlada: cinco millones y medio de parados. Con ánimo meramente descriptivo, debo decir que se está dando, gracias a la crisis, un estado general de subversión.

Con la derrota del 20-N los socialistas han vuelto a la carga con la identificación del PP como “la derecha”. Para Elena Valenciano, “la derecha” no hizo nunca nada positivo en relación con la condición femenina. Para Rubalcaba, la “Reforma Laboral” no es la última versión del PP como partido “conservador” sino como expresión de “la derecha”. Afirman que los socialistas deben ganar las elecciones andaluzas porque hay que parar “a la derecha”. Es la demonización del enemigo. La alusión indirecta a la Guerra Civil. Al franquismo, por supuesto. Al texto clásico de Simone de Beauvoir. A la España antisocial. Es la negación de la alternancia en el poder como método.

UNA ENDIABLADA REPRESENTACIÓN

Analizados los resultados con detenimiento, se advierte que la ascensión de los conservadores no ha sido tan espectacular como la caída de los socialistas y que, como hemos dicho, se da un desdibujamiento del bipartidismo y se apunta con cierta claridad el multipartidismo. La verdad es que, en los primeros años de la democracia, la existencia del PCE como tercer partido y la entidad de CiU y PNV en dos Comunidades “históricas” habían denunciado un bipartidismo muy imperfecto. Por una razón, sobre todo. En otros casos las cesiones que pueden hacerse los partidos cuando pactan gobiernos suelen darse sobre bases no excesivamente contradictorias. En España pactos como el del PSC/PSOE con ERC resultarían antinaturales, a no ser que previamente los socialistas hubieran tenido que transigir con otra idea del Estado y diferentes concepciones de la Nación y de España.

La pluralidad partidaria de las elecciones del 20-N pone en cuestión el bipartidismo y nos aboca a otro sistema. Es una dualidad que tiene que ver con una conformación tan radical como la idea de “las dos Españas” y que le permite al ciudadano la ilusión de pertenecer a uno de los dos grandes partidos ideales.

El autonomismo determina que en ciertas regiones, como el País Vasco y Cataluña, el bipartidismo termine siendo un referente estatal. De este modo, el recurso al bipartidismo es la añoranza que se desprende de unas razones culturales y sociales, pero en absoluto tiene que ver con las realidades estrictamente parlamentarias. De tal manera que, en la nueva y gravísima circunstancia española creada por la crisis económica, a la realidad del PSOE hay que añadirle la existencia de los sindicatos de clase para poder hablar, en puridad, de las “dos” grandes opciones históricas: las derechas y las izquierdas. Pero, repito una vez más: no en términos de escaños.

El debate sobre la Reforma Laboral plantea un debate de calle, una cuestión de paz social, pero no un problema de tipo parlamentario. De ahí el lado “subversivo” que tienen a mi entender las movilizaciones constantes, la llamada a la huelga general, el replanteamiento sistemático de las medidas tomadas por un Gobierno con mayoría más que absoluta.

Por supuesto, al calificar como “subversivas” las actitudes políticas y sociales que van desde el PSOE hasta Amaiur y los “indignados”, en absoluto quiero insinuar la más mínima ilegalidad. Hablo de una subversión de hecho, perfectamente legal. De una realidad antiinstitucional que queda fuera de la comprensión parlamentaria: a la aprobación de la Reforma Laboral le sobran votos en las Cortes; no solo los de CiU y PNV, sino algunos del propio PP.

Quiero decir que la duplicidad de opciones está, sobre todo, en la cabeza y en la voluntad de los ciudadanos, pero no precisamente en el Parlamento. La mayoría parlamentaria de “la derecha” es tan abrumadora (PP, PNV, CiU) que convierte la calle en retórica al tiempo que en los Parlamentos autonómicos (tanto en el País Vasco como en Cataluña) la realidad de los escaños condena a la calle, incluida en este caso la que corresponde al PP. De

este modo nunca, como ahora, se han tornado insolubles los problemas regionales mientras algunos de los problemas relacionados con la paz social no tienen una correspondencia “justa” en el Congreso de los Diputados.

El castellano puede no ser lengua vehicular en la enseñanza en Cataluña a pesar de ser la hablada en la calle/sociedad, al tiempo que cuestiones de tipo social necesitarían una reforma electoral para que hubiera una mayor conformidad entre la realidad parlamentaria y la de la calle.

Así pues, las últimas elecciones generales han puesto en cuestión los sistemas de representación al margen de los problemas que crea la existencia de las Autonomías. No es suficiente, a mi entender, una reforma electoral: los cruces de las voluntades nacionales y autonómicas crean unas contradicciones añadidas en la expresión de lo que podríamos llamar representación nacional. Para entendernos, en las Comunidades “históricas” la suma de los votos socialistas y nacionalistas sofoca absolutamente la voluntad del PP a pesar de su mayoría absoluta nacional. Dicho de otro modo, el partido socialista puede llevar al País Vasco a situaciones alarmantes para el PP.

Por otra parte, y como avance de una cuestión sobre el futuro del sistema partidario, a la que me referiré al final de estas páginas, es interesante destacar algunos otros datos sobre los resultados electorales. Me refiero a la dispersión enorme del voto y, consecuentemente, a una multiplicación de partidos con fuerza significativa que no había llegado a ser detectada por algunas de las encuestas realizadas por institutos de prestigio. Por ejemplo, la encuesta de Metroscopia dio una diferencia de escaños mayor entre los dos grandes partidos: al PP le dio 198 escaños y 112 al PSOE. ¿Por qué tanta diferencia en las previsiones concernientes al PP? Es posible que a los encuestadores se les hubiera ido entre los dedos un hecho que, a mi parecer, es básico en estas elecciones: nunca en la historia de la democracia el voto se ha repartido entre tantos partidos.

Si estas elecciones suponen un “final de ciclo” en relación con los juegos de los dos grandes partidos, abren la puerta a un escenario nuevo, multipartidario. En el futuro, el mantenimiento de los partidos nacionalistas (CiU, ERC, BNG, PNV, Amaiur o Sortu, Coalición Canaria), la entidad que está te-

niendo UPyD y la recuperación del electorado histórico del PCE a través de Izquierda Unida, convertirán el sistema partidario español en algo diferente.

UN ESTADO LAICO Y CONFEDERAL

El PSOE ganó las elecciones de 2008 sin mayoría absoluta. Una diferencia de escaños prácticamente irrelevante e, incluso, “conveniente”. En España están muy mal vistas las mayorías absolutas. El plan electoral del PSOE tenía que ver con problemas de tipo cultural y moral que únicamente plantean dificultades al PP: el sentido laicista propio de un Estado aconfesional, las aplicaciones prácticas de la memoria histórica, las batallas en relación con la condición femenina, la defensa de las lenguas “propias” de las regiones históricas... Para Zapatero todas estas cuestiones podían compensar las carencias de un partido socialdemócrata en esta sociedad de la abundancia: del Estado del bienestar. Pero la tarea más brillante terminaría siendo, sin duda, el final del terrorismo: la gran celebración. Otegi por parte del independentismo vasco; él, por parte de la España confederal. Es verdad que, en la legislatura anterior, el incidente de la T-4 había estado a punto de hacerlo fracasar todo. Habían salido a la luz pública las negociaciones con los *abertzales* de izquierda y con ETA. El trabajo de Eguiguren y Otegi había sido “espléndido”. Con la presencia de mandatarios de Zapatero. Ante la presencia de dirigentes del PNV. Lo negaba Aizpeolea en las tertulias hasta que un domingo pudo aclararlo todo en *El País*. Una gran exclusiva con el visto bueno de Zapatero. Así que Zapatero pudo volver a ganar, aunque en esta ocasión sin mayoría absoluta. Suficiente para jugar con nacionalistas catalanes y vascos.

El final de ETA y el comienzo del proyecto de Estado confederal... Con el Estatut recortado por el Tribunal Constitucional pero mejorable... Otro semejante debería tener el País Vasco, al igual que Artur Mas debería ganarse a pulso un sistema fiscal similar al vasco... Quiere decirse que la segunda legislatura de Zapatero no comenzaba mal.

De manera que todo marchaba bien. Por una parte, la obstinación de una gran parte del PP en mantener una idea trasnochada de nación y, por otra, la lucha por la hegemonía en relación con la definición de Euskal Herria.

Para los socialistas, si no hubieran existido nacionalistas vascos y catalanes habría que haberlos inventado. El electorado había dicho con claridad cuál era su deseo en este campo. En definitiva, el objetivo de la legislatura era la construcción del Estado laico y confederal con la memoria histórica de la Guerra Civil y del exilio. En este punto residían, por otro lado, las claves culturales españolas y la recuperación de las tres lenguas regionales.

En los comienzos de la segunda legislatura las cuestiones económicas iban, aparentemente, bien. Es verdad que el endeudamiento era un problema gravísimo, que la escasísima productividad determinaba que la economía española fuera una nota enfermiza, que la competitividad únicamente pudiera parangonarse con la de Portugal o Grecia, que la dependencia del capital exterior suponía vivir colgados de una cuerda que en cualquier momento podía ahogarnos...

Durante la primera legislatura se había reducido el paro. Daba sus frutos en este sentido la actividad inmobiliaria y mejoraban las cifras del turismo: nuestras dos principales fuentes de ingresos. Las coronas de grúas en torno a las ciudades nos daban confianza a los chicos de pueblo: la mejor expresión del dinamismo económico. Las críticas a las Cajas de Ahorro en las tertulias constituían el “quejío” de los viejos economistas reconvertidos al neoliberalismo, o de los no tan viejos economistas liberales sentados sobre cojines repletos de euros en los Consejos de Administración y, por supuesto, los políticos podían justificarse gracias a las políticas sociales de las instituciones financieras. Las cajas eran, al tiempo, un monumento a la corrupción y a la buena conciencia; estuvieron, asimismo, en el origen de la burbuja inmobiliaria. Tres años después y ya en campaña electoral, Alfredo Pérez Rubalcaba llegó a decir que su error, el del Gobierno de Zapatero, fue no haber hecho estallar a tiempo la burbuja inmobiliaria. Como si, en todo caso, ellos la hubieran pinchado tardíamente o a deshora. Ni se les pasó tal cosa por la imaginación.

Lo que sí hicieron los políticos socialistas más preocupados por las cuestiones económicas y la gestión empresarial fue “tomar” los sillones de los Consejos de Administración de grandes compañías. *ABC* publicó recientemente esta lista de glotones: la presencia de la izquierda en el lado más in-

grato de la política. Ciertamente las tertulias económicas iban creando un clima de miedo en relación con el endeudamiento creciente, cabía temer las repercusiones de una retirada de las inversiones y estaban al día las críticas en relación con los récords españoles en falta de competitividad y productividad (los mayores de Europa, junto con Portugal). El fracaso de la educación era tan proverbial que no hay español que no conozca uno de los signos que mejor pueden definir el fracaso español. No tenemos una sola universidad entre las doscientas más importantes del mundo, aunque sí sabemos también que Madrid tiene más estudiantes universitarios que todo el Reino Unido. En muchos de estos planos resulta indecente sostener que hubo excepciones en nuestra historia más reciente.

LA GRAN RECESIÓN

Debo decir que el día que llegó de Estados Unidos la noticia de la quiebra de Lehman Brothers (el 15 de septiembre de 2008) eché mano de un libro de Josep E. Stiglitz titulado *El malestar de la globalización* (Taurus, 2002) que me dejó atónito. Para un ignorante en economía, como yo, pudo resultar especialmente brillante un texto en el que se preveía la crisis que él mismo ha dado en llamar Gran Recesión. He aquí las palabras del profesor de Economía, asesor de Clinton y premio Nobel: “No os preocupéis; los mercados se autorregulan y, con el tiempo, la prosperidad económica retornará”. No había que preocuparse por la desgracia de aquellos cuyas vidas quedaran destrozadas durante la dicha de dicha eventualidad. Keynes sostuvo que los mercados no se autocorregían, o al menos no lo hacían en magnitud temporal relevante (como dijo en su célebre frase: “A largo plazo todos estamos muertos”). El paro podía persistir y la intervención del Estado era necesaria.

A Keynes le pusieron entonces en la picota; sus críticas al mercado le granjearon la acusación de socialista; y sin embargo, en un cierto sentido, Keynes fue intensamente conservador. Abrigaba una creencia fundamental en los mercados: si el Estado corregía este único fallo, la Economía podría funcionar de modo razonablemente eficiente. No aspiraba a una sustitución cabal del sistema de mercado, pero sabía que si esos problemas básicos no eran abordados, las presiones populares serían gigantescas.

Y el remedio de Keynes funcionó: desde la Segunda Guerra Mundial los países como Estados Unidos que siguieron las prescripciones keynesianas han registrado menos y más breves recesiones y expansiones más prolongadas que antes. (Traducción de Carlos Rodríguez Braun)

Por cierto, que en marzo de este año 2012, a los 1.268 días, la sociedad que se creó con los restos del difunto banco de inversión Lehman Brothers ha superado el proceso de bancarrota. El precio de la quiebra iba a ser inmenso: se valoró en 638 000 millones de dólares, aunque las reclamaciones iniciales se acercaron a los 450 000 millones de dólares. Era presidente George W. Bush. Eran tiempos republicanos. En principio, los hechos no interpelaban a los socialistas. Era una desgracia, ciertamente, para los fundamentalistas del mercado. Más de uno tuvo que suspender la publicación de un libro sobre las excelencias del mercado libre. Se supo que en Estados Unidos millones de personas perdían sus hogares y su trabajo. Al tiempo explotaba la burbuja inmobiliaria española. ¿A causa de la libertad de los mercados y de la globalización?

Quizá lo más llamativo para un espectador fuera el silencio de los economistas de izquierda. Se diría que ni siquiera eran keynesianos. Quiero decir que la alegría de estar en lo cierto podía compensarles de la terrible desgracia de una nueva crisis del 29. Quizá más grave. La globalización podía favorecer los arreglos, pero también las posibilidades de influir en el mercado. Los lectores de izquierda tuvieron que vivir de Krugman y de Stiglitz, premios Nobel, especialistas con una escritura muy eficaz. Con una información sobre España sorprendente.

Y mientras, los políticos del PSOE, que habían ido copando puestos en los Consejos de Administración de las grandes compañías, parecían no creer en nada. Tampoco levantó la voz ese gran especialista en cuestiones europeas llamado Felipe González y amigo personal del hombre más rico del mundo: el mexicano Slim. Por razones elementales y, al margen de que se tuviera razón o no, me habría parecido lógico que desde la izquierda se acusara al funcionamiento de un mercado sin trabas y al hecho de que esto sucediera con aquella Administración americana.

Esto sí, la crisis ha tenido una ventaja cultural: se comenzó a hablar de la Gran Depresión. Sirvió para que, al menos, muchos ciudadanos se dieran un garbeo por los libros de historia y se animaran a leer a algunos novelistas. El hecho es que de la Gran Depresión habíamos pasado a la Gran Recesión. Con un poco de senequismo en el caso español. ¿Acaso se podrían dar consejos desde España? Sarkozy habló de la necesidad de una refundación del capitalismo. Aquí llamó la atención la osadía del francés porque daba corporeidad a los mercados, les atribuía ambiciones. Habría que establecer algunas reglas mínimas que impidieran los comportamientos fraudulentos de las grandes corporaciones bancarias. Habría que dar por terminado el fundamentalismo de los mercados, pero: ¿no caeríamos acaso en la apología del intervencionismo a escala planetaria? Un modo de juego.

En ese proceso los españoles pudimos descubrir la fragilidad de Europa: este cúmulo de países (¿cuántos?) sin una política fiscal común, sin un banco común, este inmenso disparate. Afortunadamente la gente ha llegado a saber cosas tan elementales como que Europa no pueda resolver crisis como esta de la Gran Recesión por no disponer de un banco *ad hoc*. Ha pasado el tiempo de los grandes líderes: Delors está demasiado viejo y Kohl en silla de ruedas.

EL HARAQUIRI DE ZAPATERO

“Zapatero se ha hecho el haraquiri”. Este fue el titular de mi comentario en *ABC*, que iba a repetir al día siguiente el dirigente de CC.OO. y meses más tarde un analista político de *El País*. El presidente de Gobierno, al decidir la congelación de los salarios y la reducción de los sueldos de los funcionarios, había accedido a las exigencias de Bruselas pero se había sacrificado a sí mismo y a su partido... antes de tiempo. Era obvio que la crisis económica iba a llevarse por delante al PSOE y a Zapatero, pero en política nunca es bueno que los partidos traicionen hasta ese punto sus creencias o sus ideologías.

El sistema de partidos necesita una diversidad de opciones mantenidas más allá de la conveniencia y, por supuesto, del oportunismo. Y es que la reacción de Zapatero fue oportunismo moral, es decir, de inmoralidad po-

lítica. Mariano Rajoy pudo comentar con razón que había tomado “la medida más antisocial de la democracia”. Zapatero se suicidó. Al congelar las pensiones entraba en una contradicción insoportable para un dirigente de izquierdas y, habida cuenta que la entidad del ahorro podía ser intercambiable por cualquier otro recorte, hacía tabla rasa de los principios que debe mantener, por definición, un partido de izquierdas. Desesperado, Zapatero se desmoronó como líder cuando pensó que con ello entraba en el martirologio de los laicos (laicistas, con perdón).

¿Fue la crisis económica la causa del adelanto de las elecciones y de la derrota del PSOE? Aunque es poco serio hacer ucronías en los análisis políticos, hay que admitir que el desencadenamiento de la Gran Recesión castigó electoralmente a los partidos que gobernaban en Reino Unido, Holanda, Irlanda, Portugal y Dinamarca. Dejando al margen el caso de Berlusconi y el *vía crucis* griego, laboristas británicos, democristianos holandeses, el Fianna Fail irlandés, socialistas portugueses, centro-derecha danés, todos perdieron el poder a causa de la crisis. Tan solo se mantuvieron en él los conservadores suecos, gracias a sus oportunas reformas del Estado de bienestar.

Por lo que respecta a España, quiero citar unas significativas líneas del editorialista de *El País*: “no ha sido únicamente la crisis económica lo que ha provocado el fracaso electoral de los socialistas, ha sido la conjunción de la crisis con una forma de gobernar que, frívola en tiempos de bonanza, se convirtió en temeraria...”. Me parece un comentario tan acertado como sorprendente en la medida que no había dado muestras de pensar en ese sentido a lo largo de los años. Sí había podido advertirse un tono crítico creciente a medida que la Gran Recesión iba dejando heridas terribles en la sociedad española. Indudablemente, la pérdida de cuatro millones de votos había requerido la pérdida de los tres millones de empleos.

Es verdad que para los socialistas el secreto del éxito político, personal e institucional, ha consistido siempre en dar respuestas atemperadas, por no decir equívocas, a los problemas; hasta en lo personal. Por ejemplo, mientras Suárez y Gutiérrez Mellado trataron de resolver de un modo casi personal la intentona golpista, González y Múgica quisieron hacerlo con la intermediación previa del general Armada. En este sentido, el gesto de

Zapatero al congelar las pensiones vino a romper la tradición socialista del pacto. Aunque no, ciertamente, con la derecha.

Los socialistas quieren estar convencidos de que la democracia en España únicamente puede existir gracias a ellos. Según su visión, España fue un invento de los Reyes Católicos que solo ha tenido visos de arreglo como democracia en tiempos de la Segunda República, y con la reanudación del proceso dirigido por ellos y en colaboración con los nacionalistas, esto es, la conversión de la nación española en Estado confederal. La conquista de ese proceso ha sido detenida por el PP –con la ayuda de la crisis económica– en un momento tan decisivo y esperanzador como el que suponía el final de ETA y la creación de Euskal Herria. Esta es la tarea que reclamará Rubalcaba con la ayuda de las fuerzas sindicales y los nacionalistas, incluido Amaiur, y, en ese sentido, digo que va a ser planteada la oposición en todos los planos y con planteamientos subversivos. Por supuesto, con las llamadas fuerzas de la cultura.

PALABRAS CLAVE

España • PSOE • Sistema de partidos • Crisis económica • ETA • Rubalcaba • Zapatero

RESUMEN

El autor mantiene que, además del cambio de ciclo, el éxito del PP y la debacle socialista en las últimas elecciones generales pueden significar la necesidad de un cambio en el actual sistema de partidos español. En su opinión, se está abriendo paso un nuevo multipartidismo en clave de mayor apoyo a partidos nacionales como IU y UPyD. Ante esta nueva situación, Alonso de los Ríos cree que Rubalcaba está haciendo una oposición “subversiva tranquila”, de supuesta colaboración en los asuntos clave, que a la hora de la verdad se traduce en un cerco asfixiante al Gobierno utilizando a los sindicatos. Su propósito último sería convertir la nación española en un Estado confederal.

ABSTRACT

The author holds that, in addition to the change of cycle, the success of the PP and the Socialist collapse shown by the latest general elections may indicate the need to change the Spanish current party system. In his opinion, a new multi-parties system is finding its way based on a higher support of national parties such as IU and UPyD. In the face of this new situation, Alonso de los Ríos believes Rubalcaba is delivering a “subversive but calm” opposition, of presumed collaboration in key issues which, at the moment of truth, translates into a suffocating siege to the Government using trade unions. Its ultimate purpose would be to transform the Spanish nation into a confederal State.